



LA RÁBIDA

REVISTA COLOMBINA IBERO-AMERICANA

Redacción y Administración: SAGASTA, 51

AÑO V Huelva 31 de Diciembre de 1915 Núm. 54

DIRECTOR PROPIETARIO: JOSÉ MARCHENA COLOMBO

La Conferencia Financiera Panamericana

Por considerarlo de verdadero interés para nuestros lectores insertamos el notable trabajo publicado en la revista *Cultura Hispano-Americana*, por el distinguido escritor M. R.-Navas.

«La invitación del Ministro de Hacienda de los Estados Unidos de Norte-América señalaba como asuntos fundamentales que debía tratar la Conferencia celebrada en Washington en los días 24 al 30 de Mayo de 1915, los cuatro siguientes:

«1.º Las presentes necesidades financieras nacionales, provinciales o municipales; naturaleza y carácter de las deudas públicas; como están garantidas; tipos de interés que por ellas se pagan; donde se han negociado hasta ahora los empréstitos y los tipos o precios a que han sido formalizados; la posibilidad de colocar tales empréstitos en los Estados Unidos; efectos de la guerra europea en las rentas públicas destinadas al pago de intereses y amortizaciones.

»2.º Necesidades financieras normales de las Compañías de servicios públicos; actuales necesidades de dichas Compañías; carácter y naturaleza de los bonos u obligaciones que tienen para ofrecer: cómo están garantidos; condiciones posibles para

negociarlos en los Estados Unidos; efectos de la guerra europea en aquellas Compañías; sus condiciones y necesidades financieras.

»3.º Necesidades financieras normales del comercio, tales, por ejemplo, como facilidades de crédito; cambios directos o por *dollars*; posibilidad de adoptar los créditos comerciales en los Estados Unidos a las necesidades de los países de la América Central y del Sur; efectos de la guerra europea en las finanzas (en las rentas) del comercio exterior.

»4.º Transportes entre los Estados Unidos y el país o países respectivos; servicio postal en relación con los giros monetarios, bultos, postales, etcétera.»

El Gobierno de los Estados Unidos Norteamericanos, y en su nombre el Ministro de Hacienda (Secretario del Tesoro, Mr. William G. Mac-Adoo), organizó la Conferencia Financiera Panamericana en diez y ocho secciones, que correspondían a las diez y ocho naciones cen-

tro y sudamericanas que habían aceptado la invitación: cada sección había de constituirse, y así se efectuó, con los representantes oficiales de cada nación y con un grupo de hacendistas, industriales y economistas norteamericanos: éstos serían informados de todos los asuntos interiores de cada República y decidirían, y, en efecto, decidieron res-



El Sr. D. Francisco Cobos

Ilustre americanista y Director de la "Ilustración Española y Americana"

pecto de las soluciones presentes y futuras aplicables a los asuntos de cada nacionalidad mediante un plan detenidamente meditado en Washington.

El plan de la Conferencia, la organización, el señalamiento de temas para el estudio, los acuerdos que habían de proponerse y que en definitivo se adoptaron, puesto que en la Conferencia general y en definitiva se adoptaron, puesto que en la Conferencia general y en las secciones o conferencias de grupos había tres norteamericanos por cada individuo del Sur o del Centro de América, eran norteamericanos; y la única lengua adoptada para las discusiones fué la inglesa.

Además de las Comisiones para las conferencias parciales de las naciones, se constituyeron otras dos de carácter general; una, para estudiar la uniformidad de leyes relativas a industrias y comercio, y otra, destinada a transportes y comunicaciones.

Los acuerdos generales de la Conferencia Panamericana de Mayo de 1.915 fueron los siguientes, desarrollados y reglamentados por medio de numerosas disposiciones que habrán de ponerse en vigor lentamente en todas las naciones americanas:

I. Transportes marítimos: «El Congreso declara la necesidad de fomentar la marina mercante de todas las banderas americanas que se dediquen al tráfico entre países americanos y de conceder por un plazo (diez años) a esa marina las mayores ventajas y facilidades, equiparándola con la situación más favorable del cabotaje nacional.»

Los norteamericanos tratan de hacer todos los esfuerzos posibles para que aumente el tráfico por el canal de Panamá: el propósito es laudable. Al mismo tiempo que intentan activar los negocios y el comercio entre las Repúblicas Hispano-americanas y la República anglosajona, proyectan fundar una línea bien dotada de vapores entre Nueva York y Vigo, para recoger en este último puerto la producción española y transportarla con aumento de precio y cambio de nombres, marcas, cuños, rótulos y etiquetas, a los países del Centro y del Sur de América.

II. Sistema de pesas y medidas: «El Congreso declara que el comercio de los países americanos debe hacer efectivo el uso de pesas y medidas del sistema métrico decimal, y que mientras los envases de práctica no se modifiquen adaptándolos a tales medidas, los precios se referirán siempre a unidades métricas, lo mismo que las facturas y conocimientos de carga.»

España es la nación en que más generalizado está el uso del sistema métrico decimal de pesas, medidas y monedas, por más que los vendedores, para complacer a sus clientes extranjeros o rústicos

ignorantes, empleen alguna vez, a espaldas de la ley, el sistema antiguo.

Ha dicho Baldomero Argente, y es verdad, que las costumbres y los hábitos españoles de pasados siglos se conservan más en América que en la misma España.

III. Comunicaciones por cable: «El Congreso declara que deben reducirse las tarifas para comunicaciones por cable entre los países americanos.»

Esa proposición se relaciona con otra relativa a la correspondencia y que tiene en vista el mismo fin.

IV. Unidad monetaria; cambios y arbitrajes: «El Congreso declara que para los cambios y arbitrajes entre países americanos, para la referencia a precios de mercaderías y para todas las computaciones estadísticas, es conveniente adoptar como unidad monetaria una moneda especial de cuenta con la equivalencia absoluta en relación a la unidad monetaria de cada país.»

Una Comisión especial nombrada para estudiar ese asunto adoptó la siguiente resolución, que fué aprobada por la Conferencia: «Siendo de desear que las operaciones de cambio entre las Repúblicas americanas se simplifiquen; que las transacciones entre estos países estén basadas sobre un tipo fijo de valor en oro, y que las estadísticas se refieran en todos los países a la misma moneda, se resuelve patrocinar en las Repúblicas americanas la adopción de una unidad monetaria internacional.»

España llevó a América, a toda América, una unidad monetaria, el peso, con equivalencia precisa, en España y en toda Europa: el mismo *dollar* de los Estados Unidos no es más ni menos que el peso duro español (*Spanish dollar*); los *milreis* brasileños eran (no son) equivalentes al peso. La diversidad de monedas surgió después de 1.820. Quizá si se restableciera el peso en toda América, como unidad convencional monetaria equivalente a las cinco pesetas actuales españolas (peseta = peso pequeño), los hispano-americanos, para agrandar a los yanquis, convendrían en nombrarlo *dollar*. La palabra *dollar*, inglesa, viene de *doll*, juguete o muñequilla.

V. Bancos americanos: «El Congreso declara que los Estados americanos deben facilitar las relaciones de sus bancos representativos para el descuento de letras de cambio, movimiento de capitales, fomento del comercio, auxilio de las industrias, *financiación* de las obras públicas (empréstitos destinados a obras públicas) y explotación general de las riquezas de América.»

Es un hecho comprobado que los Estados Unidos han vivido hasta ahora, como todas las demás naciones americanas, de los préstamos que les ha

hecho Europa, y que de ninguna manera han fomentado el comercio ni las industrias de las Repúblicas del Centro y del Sur de América: antes de la guerra actual europea, los Estados Unidos debían a Europa una cantidad equivalente a 600 millones de libras esterlinas, o sean 16.000 millones de pesetas oro; cantidades de proporcional importancia debían también a Europa las Repúblicas de Méjico, Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, etcétera. ¿Cómo la *protección* de los Estados Unidos en favor de las demás Repúblicas americanas podrá llegar hasta el punto de que aquella se haga cargo de toda esa deuda, y facilite a las naciones de aquel continente las enormes cantidades que necesitan para su desenvolvimiento? Porque no es creíble que la América del Norte pretenda hacer con la deuda que tiene en Europa lo que Bulgaria intenta hacer con lo que contrajo con Francia e Inglaterra.

El Secretario de Hacienda de los Estados Unidos, en la sesión inaugural del Congreso Financiero Panamericano (24 Mayo 1915), dijo que América es financieramente (es decir, desde el punto de vista de la Hacienda pública) en gran parte dependiente de las naciones de Europa. Y esa es una verdad, pero a medias; porque la verdad entera sería la declaración de que América depende realmente de Europa en cuanto a la producción, al consumo, al comercio, a las obras públicas y a la deuda. ¿Cómo se va a efectuar ahora el milagro de que todas las naciones americanas que difícilmente pueden atender el pago de los intereses de su respectiva deuda, solamente por la oferta de protección que les hacen los Estados Unidos, puedan en lo sucesivo desenvolver ampliamente sus negocios, sin contar para nada con Europa?

El presidente norteamericano, Mr. Wilson, en el discurso de bienvenida con que saludó a los representantes de las Repúblicas del Sur y del Centro de América en el Congreso Financiero, declaró que para realizar las grandes empresas en que piensa, en América hay «falta de medios de transporte, falta de vehículos, falta de vapores, falta de rutas establecidas de comercio, falta de aquellas cosas que son absolutamente necesarias si hemos de tener (los americanos de ambos continentes) verdaderas relaciones comerciales, íntimas y mútuas». Esas declaraciones, que muy bien pudieran ampliarse, prueban que no bastan las buenas intenciones ni los excelentes propósitos para el engrandecimiento de América, sino que necesita y continuará necesitando la cooperación de Europa. América no puede ser sólo para los americanos, en el sentido más extenso de la palabra, como tampoco Europa es ni puede ser sólo para los europeos. Y buena prueba de esa verdad es el hecho de que las nacio-

nes americanas se sienten muy doloridas por la enfermedad guerrera que sufre Europa.

(Se continuará)



Creación de una nueva Cátedra

De verdadera transcendencia en el orden de las relaciones hispano-americanas puede considerarse el acontecimiento que la Institución Cultural Española nos comunica en la circular que para su inserción nos envía y que gustosos publicamos:

«Buenos Aires, 15 de Julio de 1.915.

Distinguido señor: La Junta Directiva de la Institución Cultural Española tiene el agrado de dirigirse a usted, invocando su patriotismo, para llevar a conocimiento del público lector de su periódico la relación de un suceso que a nuestro entender tiene grandísima importancia, no solo para España, sino también para los españoles que viven fuera de ella, como ejemplo digno de ser imitado.

El hecho a que nos referimos ha consistido en la inauguración de una Cátedra de Cultura Española en la Universidad de Buenos Aires, inauguración que tuvo lugar en Agosto próximo pasado, sin más pompa que una sencilla invocación a la patria y a la raza.

Los españoles de la República Argentina han realizado durante los últimos años obras de positivo valor, sobresaliendo entre todas por su transcendencia la que los de Buenos Aires llevan a cabo para honrar la memoria del ilustre sabio don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Nuestros compatriotas de esta ciudad han fundado una institución denominada «Institución Cultural Española», con el fin de crear y mantener una Cátedra Española en la Universidad de Buenos Aires. Para cumplir ese propósito han donado fuertes sumas y han llegado a reunir un fondo con cuyos intereses se proponen sostener la mencionada cátedra y retribuir, siquiera modestamente, al conferenciante que España nos envíe.

Demás está decir que la obra es altamente simpática, tanto por lo que representa en sí misma, cuanto por la delicadeza del homenaje, y sobre todo por los alcances que en el futuro puede tener.

Acaso sea ésta una de las pocas veces que colectivamente se haya acertado a romper el molde común, pobre e insignificante de los honores, consistentes en estatuas de mármol o bronce, medallas, placas, veladas o cosas por el estilo, que poco representan y a nada trascienden, y más parecen hechas en homenaje al artista ejecutor que al personaje que conmemoran.

Los españoles de Buenos Aires han tenido, pues bueno es decirlo, el acierto de salirse del camino trivial y colocarse, mediante esta creación, dentro del problema cultural que podemos llamar, sin atenuación, magno problema español, problema nacional por excelencia, problema matriz del cual derivan muchos otros que tenemos pendientes y en cuya solución está nuestra vida o muerte.

Y bien ¿no significa algo el hecho que españoles alejados de su patria realicen esfuerzos y hagan sacrificios para contribuir dentro de sus limitados recursos a la solución de ese problema? Para los que piensan, significa mucho, porque implica anhelos de renacimiento.

Y si esto hacen los españoles que viven en tierra extraña ¿a cuanto no están obligados los que viven en ella y a su sombra? Ellos tienen más que nadie la obligación hasta de empeñar su fortuna para dar una solución satisfactoria al problema de la cultura, dentro de sí y por sí mismos.

Mas con haber resuelto España ese problema interno, no habría llenado cumplidamente su misión, pues debe pensar que su espíritu no está encerrado en el estrecho recinto de los límites geográficos, sino que se dilata por el mundo, muy lejos de sus fronteras, ya que ha fundado veinte nacionalidades que hablan su mismo idioma y en lo fundamental tienen su mismo espíritu.

La misión histórica de España no puede darse por cumplida mientras no realice la más amplia compenetración espiritual con todos los pueblos de su origen, acompañándolos y hasta adelantándose a ellos en su desenvolvimiento cultural.

Liquidado nuestro imperio colonial, no cabe ya pensar en grandezas territoriales; pero sí se puede y debe aspirar a un engrandecimiento espiritual, y por ese camino también podemos alcanzar engrandecimiento material.

El engrandecimiento espiritual de España, en su doble concepto intelectual-moral, encuadra muy bien dentro de las orientaciones modernas actuales y futuras, a base de raza e internacionalismo, con exclusión de egoismos estrechos y puramente nacionalistas, idealismos aquéllos que, si ahora están en crisis, es de esperar salgan de ella más fortalecidos que nunca.

La influencia de las nacionalidades americanas sobre el espíritu español comienza a hacerse sentir, y con el tiempo habrá de ser mayor, pues extendidas por un vasto continente y distintas por la geografía, la cosmografía y aun la etnografía, estas veinte nacionalidades de origen español vendrán a constituir con el tiempo veinte mentalidades diferentes: diferentes en lo accidental, pero unas en lo fundamental. Y bien, que sean diferentes poco importa y acaso

más nos convenga que nos perjudique, pues así serán más variados los estímulos que reciba la mentalidad española.

Siendo común el verbo de las mentalidades española e hispano-americanas y expresando en él los frutos de su ingenio, habrán de excitarse y llamarse mutuamente la atención, y es de creer que al conjuro de tanto y tan variado estímulo como irá de América, la mentalidad española ha de sentirse agujoneada y avivada, y no es aventurado presumir, habiendo en ella tanta savia, tanta esencia y tanta originalidad como corresponde a un pueblo viejo y de tan intensa historia, que ha de despertar de su letargo ocupando el puesto que le corresponde en esta orientación.

La única aspiración legítima y casi necesaria, por necesidad histórica, que España puede tener con respecto a las nacionalidades de su origen, es esta de la compenetración espiritual.

No queremos con esto caer en el lirismo de creer que las razas puedan vincularse con lazos puramente sentimentales; eso sería infantil, bien sabemos que son los intereses de todo orden, principalmente los materiales, los que unen o separan a los pueblos; pero cuando no se lastiman intereses ni se crean antagonismos, sino que, por el contrario, se favorecen aquéllos y disipan éstos, puede esperarse la unión.

Ahora bien, para esta labor de compenetración espiritual España debe contar con las nacionalidades hispano-americanas y con las colectividades españolas que en ellas viven, y es a base de éstas que puede ir realizando algunas obras.

La institución fundada por los españoles de Buenos Aires tiende a eso, pues mediante ella nos proponemos dar a conocer sucesivamente a los hombres que ahí se dedican a trabajos de investigación científica, cualquiera que sea la ciencia que cultiven, el credo que profesen y la religión de donde procedan; nos bastará con que se expresen en castellano y se mantengan en el campo neutral de la ciencia.

Por este medio aspiramos a derivar hacia España, hacia sus hombres de valer y hacia su ciencia la atención de los países americanos, y para ello ya hemos puesto en el camino a seguir el primer jalón con la venida del sabio investigador don Ramón Menéndez Pidal, verdadero hombre de ciencia, sabio para maestros, según la frase de los profesores que lo han escuchado.

En este movimiento de aproximación los españoles de la Argentina han dado el primer impulso; toca ahora a las instituciones españolas corresponder a nuestros esfuerzos mandándonos profesores de positivo mérito, como el que ha inaugurado la

Cátedra. Si así lo hacen ganaremos todos: España, la Argentina y la colectividad española.

Agradeciendo al señor Director la atención de llevar a conocimiento del público español la institución creada por los compatriotas de Buenos Aires, nos es grato suscribirnos de usted afectísimos, *Luis Mendez Calzada*, Secretario.—*Avelino Gutiérrez*, Presidente.»



PENSANDO EN LO QUE DEBIERA SER

Hace unos días, contemplaba yo desde las colinas que ciñen a la ciudad, el espectáculo siempre nuevo y distraído del caserío y la ría, de los muelles y del puerto. Moría el sol tras las alturas de unas lomas que cierran el horizonte, y en su agonía incendiaba el cielo y enrojecefa las aguas con la luz de sus últimos resplandores.

Ya se abrían al crepúsculo los párpados de innumerables luces, ojos vigilantes entre las sombras que llegaban, cuando allá, junto al costado de un muelle, distinguí el casco obscuro de un buque de alto porte, en cuya cala profunda depositaban incesantemente las grúas sus cargas poderosas y preciadas.

Yo miraba distraído el incansable trajín de aquellos mónstruos semejantes a animales dóciles que la mano del hombre somete a su actividad, y pensaba, mientras el coloso cuyo vientre se henchía, manchaba el cielo dorado del crepúsculo con el humo de sus chimeneas ingentes.

Se me ocurría que quizás aquel barco que iba a partir muy próximo y directo para una ciudad de Norte-América (mercado hoy de la paz, gloria de dos continentes y emporio del mundo), debiera ser el mensajero, el Heraldo que a través de las olas y de los mares llevara a unos hombres laboriosos y fuertes que en la paz y en el trabajo se enriquecen, nuestro saludo y con él nuestros entusiasmos, nuestros anhelos, nuestras aspiraciones, algo que en esta hora de la sangre y de los odios fuera como un abrazo, como una afirmación de ideales entre los pueblos que se aman y que no quieren la guerra, algo grande, noble y espiritual que no fuera en la cala obscura, con los fardos, con los sacos y con los bidones, sino en el mástil más alto, como

una bandera, como un pabellón desplegado a los vientos.

Que el trasatlántico a su arribada a las playas americanas llevara un recuerdo de nuestra ciudad para los hombres que en los muelles de la remota metrópoli esperan abiertos los brazos, sus mercancías, sus asuntos o sus afectos, que a nuestra iniciativa se labrara el cimiento del moderno solar de la raza al otro lado del Océano, pues la vieja casona de nuestros abuelos, fué mal establecida y se vino a tierra; y que nuestra labor fuera un alivio, un consuelo, una esperanza para los que en el nuevo continente trabajan con la fé de una regeneración verdad, pobres hermanos huidos del hogar y de la familia ante la enemiga de la miseria y



HABANA.—Palacio del Centro Gallego

del salario escaso. Pero el barco zarpará y allá se irá ría abajo, camino de su ruta, con sus mercancías y su cargamento, sin que nadie se preocupe de él ni de su viaje, a no ser los que en el negocio interesaron sus pesetas.

En cualquiera población, en cualquier puerto de Andalucía en que una compañía naviera hubiera establecido por primera vez, una línea regular de vapores que lo pusiera en comunicación directa con Norteamérica en una docena de días, el entusiasmo habría rebasado sus límites, echado al vuelo los campanarios de la prensa y no quedaría persona que no se hubiera regocijado; pero aquí, en Huelva, la opinión se preocupa de cosas más *sustanciosas* e interesantes, y hacer campañas en este sentido es sentar plaza de desocupado, de tonto o de cursilón.

Julián de Alcántara



Fragmentos de "El Mirador de Próspero"

Podría personificarse el genio de esta turbulenta América latina, tal como se ha manifestado hasta hoy, en aquel belicoso niño griego que el poeta de las *Orientales* imaginó entre las ruinas calcinadas de Chío, después de pasar el invasor, y que, preguntado por el pasajero sobre la prenda que lograría contentarle,—flor delicada, sabroso fruto o ave melodiosa,—contestaba pidiendo, con ademán heroico, «pólvora y balas». «Pólvora y balas» nos habeis oído pedir, aquejados de fatal e inaplacable deseo. Pero lo que acaso no conocíais suficientemente es que, a pesar del vértigo que nos ha arrebatado, y aprovechando las treguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, a saber, a comprender, a admirar, y también a producir; hemos reconstruido cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias; hemos tendido, en una palabra, a la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio obscuro, dirige sus ramas anhelantes hacia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. Y bien: esta conciencia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, a pesar de todo, ha velado en nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en la lucha con los fieros resabios del pasado. *Ceci tuera cetera*: ésto matará aquéllo; y ya está cercana la hora en que el niño heroico del poeta no pedirá más al pasajero, con airado gesto, «pólvora y balas», sino que aceptará, sonriente, de sus manos, la flor delicada y el ave melodiosa, símbolos de belleza y mansedumbre.

En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América han sido forzosamente, hasta hoy, tributarios del espíritu europeo. El faro orientador que razas predestinadas fijaron, hace millares de años, en las costas del Mediterráneo, azul y sereno, orlándolo con las ciudades creadoras de la civilización, permanece aún allí, sin que otra luz haya eclipsado sus fulgores. Somos aún, en ciencia y arte, vuestros tributarios; pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestro pensamiento, y hay ya presagios que nos alientan a afirmar que vamos rumbo a ella. Aspirando eficazmente a alcanzarla os demostraremos a los que ejercéis desde vuestras cátedras ilustres el magisterio de nuestra cultura, que hemos aprovechado vuestras lecciones y vuestros ejemplos. Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la inde-

pendencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación aspiritual. Os escuchamos y admiramos, pues, a vosotros, los maestros lejanos, no como el siervo que ha abdicado su personalidad, ni como el hipnotizado que tiene su personalidad inhibida, sino como el alumno reflexivo y atento, para quien la palabra magistral, lejos de ser yugo que oprime, es, por el contrario, impulso y sugestión que estimulan a investigar y pensar por cuenta propia.

En su reciente y admirable libro *Camino de perfección*,—digno, en verdad, del glorioso recuerdo que su nombre evoca, por la indeficiente gracia del estilo y la serenidad, de sombra y frescura, de la meditación,—apunta Díaz Rodríguez, el gran novelador venezolano, una idea tan henchida de persuasión como de esperanza; una idea honda y preciosa, que me ha quedado en el alma, prendida como una estrella, ungiéndola de luz y diciéndome por lo bajo cosas de consuelo y de fé....

Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcanza en el tiempo la huella del hombre. Pero yo no he llegado a conformarme jamás con que éste sea el único género de inmortalidad, o si se prefiere, de porvenir, a que pueda aspirar España. Yo la quiero embebida, o transfigurada, en nuestra América: sí; pero la quiero también aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua. Mi orgullo americano,—que es el orgullo de la tierra, y es, además, el orgullo de la raza,—no se satisface con menos que con la seguridad de que la casa lejana, de donde viene el blasón esculpido al frente de la mía, ha de permanecer siempre en pie, y muy firme, muy pulcra y reverenciada. Por eso me deja melancólico lo que a otros conforta y alegra: el esforzarse en vencer la tristeza de que *España se va* con el pensamiento de que no importa que se vaya, puesto que queda en América; y por eso no he concedido nunca, ni concedo, ni espero conceder, que *España se va*..... Y cuando me parece que vislumbro algún signo sensible de que *vuelve*: de que torna a ser original, activa y grande, me alborozo, y empeño en el crédito de ese augurio todos mis ahorrillos de fe. Me he habituado así a borrar de mi fantasía la vulgar imagen de una España vieja y caduca, y a asociar la idea de España a ideas de niñez, de porvenir, de esperanza. Creo en *la España niña*. Esta es la razón porque me interesó y halagó tanto la referida página del autor de *Idolos ro-*

tos. Piensa Díaz Rodríguez que «en vez de pueblo >degenerado, como tontamente proclaman algunos, >del pueblo español puede afirmarse más bien que >es un pueblo primitivo». «Así nos lo dice,—agrega,—aquella sensación que el hombre del pueblo >español nos produce, de una reserva intacta de >fuerzas». Y después de señalar dos caracteres notorios de esa condición primitiva, uno exterior, otro interno, en la rudeza española de las maneras y en la españolísima virtud de la generosidad, infiere, de aquel defecto como de esta virtud, la existencia de frescos rincones del alma popular «donde >la savia originaria duerme, soñando quién sabe en >qué magníficos renacimientos futuros».

Abramos el corazón a este valcínio, que viene de poeta. Acaso la defensa de una grande originalidad latente, que aguarda su hora propicia, imprima hondo sentido a esa resistencia, aparentemente paradójica, contra el *européismo* invasor, predicada hoy por el alto y fuerte Unamuno.—*Soñemos, alma, soñemos* un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso *avatar* de la grandeza española, y en que el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, a esto y a aquel lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor, que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de dos balcones fronteros.

*
* *

Una de las impresiones más altas de respeto que yo haya experimentado en el mundo, es la que me produce cierto linaje de espíritus,—seguramente, muy raros, y aun más que raros, difíciles de reconocer sin haber llegado a su más escogida intimidad; cierto linaje de espíritus que unen al sentimiento infalible, perfecto, aristocrático, de la belleza, en las cosas del arte, el absoluto desinterés con que profesan calladamente su culto, inmunes de todo estímulo de vanidad, de todo propósito de crítica o de producción, de toda codicia simoníaca de fama. Comprenden la obra bella en sus más dellicados matices, con esa plenitud de inteligencia y simpatía que es una segunda creación; son el lector o el espectador ideal con que el artista ha soñado; dan su alma entera en el sacrificio religioso de la emoción artística, en esa absoluta inmolación de la personalidad, de donde toma su vuelo el misticismo del arte. Guardan dentro de sí el eco perenne en que se prolonga el acento verdadero, original, del poeta, que el vulgo no percibe sino enturbiado y trunco; el reflejo clarísimo en que se reproduce, con la frescura del cuadro o de la estatua. Son la compensación de la vulgaridad triunfante y ruidosa; del alarde inferior; del abominable *snobismo*.

Salvan, en el puerto abrigado y calmo de su piadosa memoria, nombres y obras que la injusticia o la indolencia de una época han condenado al olvido común. Para ellos no tiene curso la mentira acuñada en moneda falsa de renombre y de gloria. Llevan en sus desdenes secretos y animados de una serena y terrible certidumbre, el infierno de que no logran eximirse los que triunfan delinquiendo contra la belleza, contra el gusto, contra la noble altivez. Y callan... Y pasean por el mundo una apariencia indiferente, acaso vulgar. Y a modo de la capilla de un culto misterioso y prohibido, encierran, en lo más hondo de sí, el tabernáculo de ese amor ideal, que embellece el misterio como el pudor de una novia.

¿Dudas de que existan almas así?... Yo he llegado a conocer algunas, después de conocer solo la opaca apariencia que me las velaba. Y desde que las descubrí, su presencia me domina y subyuga con el sentimiento de una superioridad que no reconozca, tan imperiosa y de tan alta especie, ni en el artista creador que más admire ni en la sabiduría magistral que más respeto me infunda. Porque esas almas de silencio celeste son las únicas que me han dado la completa intuición de cuanto hay de vulgar y mezquino en esta brega por la notoriedad, en este sensualismo de la admiración y del aplauso, grosera liga que mezclamos nosotros, los de la comedia literaria, al oro de idealidad del amor de lo bello. Solo ellas saben amarte, Belleza, como tú ¡oh Diosa! mereces. En la sociedad de esas almas se apodera de mí no sé qué noble vergüenza de ser autor, escritor de oficio. Y cuando vuelvo a esta faena, ellas componen el público, incógnito e incognoscible, que más me exalta y que más me tortura. A él me remito, con una austera y melancólica esperanza, como quien se remite a la justicia de una posteridad que no ha de ver, cuando creo que una palabra mía no ha sido entendida en su virtud o su beldad; cuando una criatura de mi imaginación no ha hallado el regazo amante que la aconseja. Y en él pienso, lleno de íntima inquietud,—como aquejado del imposible deseo de saber la verdad de labios de un diós de mármol,—cuando aplausos y loas quieren persuadirse de que ha brotado de mi alma algo bueno o hermoso.

¡Ah, cuántos de estos abnegados monjes de belleza pasan acaso junto a tí, y tú no los reconoces, y quizá los desdeñas!... Tal vez hay uno de ellos en ese espectador, indeterminado e incoloro, que ocupa su butaca en el teatro, no lejos de la tuya, y aplaude cuando los demás, y asiente con trivialidades a los comentarios del vecino, y se disipa, esfumándose, en el rebaño de la retirada. Tal vez otro se oculta bajo la máscara de ese viajero que,

con apariencias de comisionista, lee, frente a tu asiento del tren, un libro que lo mismo puede ser la guía de Baedeker que un poema de Wilde o una novela de D'Annunzio. Tal vez descubrirías uno más en aquel otro a quien el juicio popular—¡cruel ironía!—gradúa de poeta fracasado y con hoscos desechos de impotencia; porque no sabe que su renunciamiento prematuro fué espontánea y altísima religiosidad, y que en su repugnancia a hablar de arte con los que fueron sus émulos y amigos no hay sino las delicadezas de una sensibilidad transfigurada y la conciencia de una soledad de *extraño*... Con uno u otro disfraz, ellos pasan en su irrevocable silencio. Y este silencio ni es humildad ni es orgullo. No es más que la cumplida posesión de un bien que lleva su fin y recompensa en sí mismo, y que por eso se contiene dentro de su propia amplitud, sin aspirar a salir de sí con ímpetu y alarde: como el vino que, cuando llegado a su sazón, olvida los desasosiegos y hervores de su fermentar, o como el resplandor de la noche serena, que, extasiándose en la suave gloria de sus luces, no la publica ni con los pregones del relámpago ni con la música del sol.

José Enrique Rodó



LA CARABELA

A la proa el Poniente con sus tintas de rosa
al Naciente un volcán como un faro sangriento,
una nube que pasa se desliza con el viento
y un pajarraco extraño en las vergas se posa.

Secreteas la chusma vil su arrepentimiento
por haberse alistado en la empresa dudosa
hablan de mil presagios, de una sima espantosa
y de un monstruo terrible aullador y cruento.

La noche cae lenta, la noche ecuatorial,
corre de boca en boca la conseja vanal,
su nostalgia un grumete vierte en una canción,

y en el alcázar viejo de tablas carcomidas
se yergue con las magnas pupilas distendidas
la esfinge de granito de Cristóbal Colón.



CUBA

Cuba es como una amante veleidosa
que nos abandonó y que perdimos,
y al acordarnos de su amor, decimos:
¡Nos fué ingrata! ¡Mas era tan hermosa!

Y evocamos allá de los distantes
años de nuestra infancia, en un paisaje,
ingenios, cafetales y un bosquejo
de tropicales árboles fragantes.

Blanquea una ciudad, y bajo el cielo
unas aves irisan en su vuelo
el plumaje fantástico ideal.

Y entre unas palmeras dá a la brisa
el ardiente gorjeo de su risa
una criolla lánguida y sensual.

Julián de Alcántara



El 12 de Octubre

Del importante semanario *España*, órgano de la colonia española de Rio Janeiro, tomamos la reseña del importante acto realizado en dicha capital para festejar la fecha gloriosa del 12 de Octubre.

Aunque la información peque de tardía, no podemos prescindir de la misma por la significación tan elocuente que ella ofrece al mundo hispanoamericano al poner de relieve la hermandad que a lusitanos, españoles y sudamericanos une, en pró de la confraternidad y estrechamiento de vínculos entre los países que en su día han de formar la liga ibero-americana.

Entre las diversas personalidades que colaboran constantemente en pró de nuestra España merecen mención especial el distinguido cónsul del Uruguay en Rio Janeiro, nuestro particular y querido amigo don Norberto Estrada, cuyo discurso de acentos patrióticos muestra una vez más el acendrado cariño de su autor por nuestra Patria.

He aquí la reseña:

«Con gran solemnidad y ante numerosa y selecta concurrencia que llenaba por completo el amplio salón de fiestas de la Sociedad Española de Beneficencia, se celebró el día 12 del actual, la velada literario-musical con que la Colonia española de esta capital conmemoraba la fecha del descubrimiento de América.

El programa, confeccionado por la comisión organizadora, fué el siguiente:

PRIMERA PARTE:

1.º *Overtura* por la orquesta dirigida por el maestro Julio Cristóbal.

2.º *Discurso* por el Excmo. Sr. D. Norberto Estrada, cónsul del Uruguay.

3.º *Discurso* por el Excmo. Sr. Dr. Pinto da Rocha.

SEGUNDA PARTE:

- 1.º *Fantasia española* por la orquesta.
- 2.º *Discurso* por don Luís Soroa en nombre de la juventud española.
- 3.º *Poesía* por la señorita Coelho Lisboa.
- 4.º *Discurso* resumen por el presidente.

El acto

A las ocho y media en punto ocupó la presidencia el señor García Jove, ministro plenipotenciario de España, tomando asiento a ambos lados el señor Mario Bullão, en representación del Prefecto, y el capitán Reis, en la del Jefe de Policía, dándose principio al acto.

En otros lugares de la presidencia, acompañaban a nuestro representante de España en el Brasil, los señores cónsul de Bolivia, duque de Villena, barón Homem de Mello, cónsul de España Sr. Oyarzun, primeros secretarios y c

cilleres de la legación y consulado españoles, príncipe de Belfort, don Luís Trápaga, canciller de la legación argentina, presidentes de la Sociedad Española de Beneficencia don Domingo Bouzas, y Centro Gallego don Joaquín Coo Leis, los oradores señores cónsul del Uruguay, Dr. Pinto da Rocha y don Luís Soroa y el director de este semanario, galantemente invitado por la Comisión a formar parte de la presidencia.

El salón presentaba un aspecto deslumbrador realzado por la hermosura y elegancia de innumerables y distinguidas damas que con su presencia prestaban al acto la nota característica de alegría y encanto, sello que saben imprimir tan bien las mujeres de nuestra raza. Rientes y bulliciosas, su curiosidad femenil se manifestaba ansiosa por escuchar la palabra de los oradores que habían de desarrollar el tema de la velada, y en verdad que por esta vez no quedaron defraudadas sus esperanzas.

El elocuente Dr. Sr. Pinto da Rocha, consiguió

juntar centenares de manos femeninas para premiar con sus aplausos su canto a la mujer española, contenido en su admirable y concienzudo trabajo leído al concurso en esta reunión.

Los discursos

Después de la overtura, ejecutada por la orquesta bajo la dirección del reputado maestro español D. Julio Cristóbal, quien había compuesto una *Rapsodia* para esta fiesta y por premura del tiempo no pudo ensayarla para su ejecución, usó

de la palabra seguidamente el excelentísimo señor don Norberto Estrada, cónsul del Uruguay.

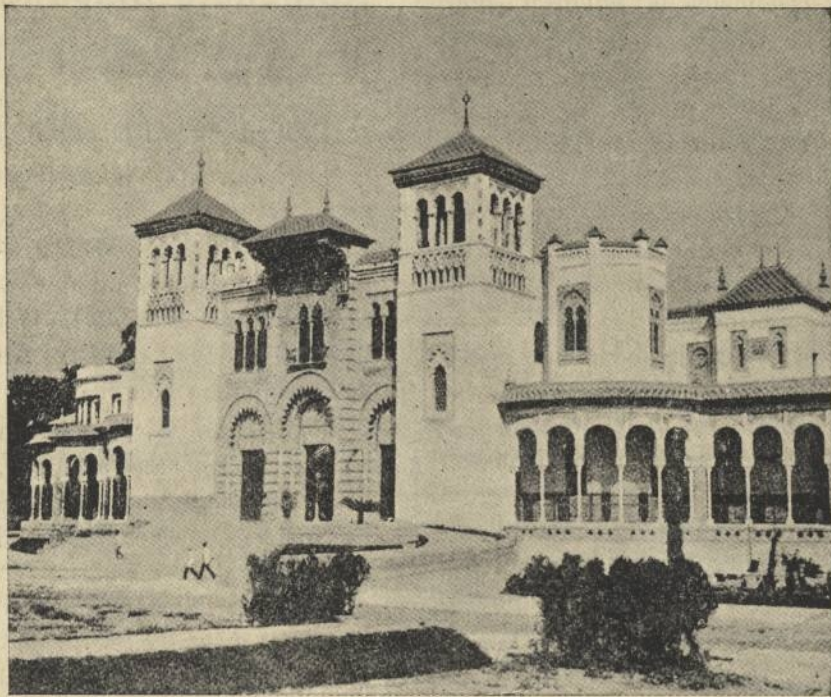
Su discurso fué una exposición sincera y clara del hecho que se conmemoraba en este día, el más grande que se registra en la Historia de la Humanidad. Puso de relieve una vez más la influencia que España ejerce desde Colón hasta nuestros días, en todo el continente que la madre

Patria, patrocinando el genio del inmortal navegante, hizo descubrir y muy especialmente en el sudamérica y aludiendo a su país, República Oriental, afirmó que sin asomo de duda, era de todo el sur de América donde más arraigados se hallaban ideas y costumbres del pueblo español, donde más se fomentaba el intercambio intelectual y social con España, donde sus hijos, en fin, se conservaban más íntegramente influidos del espíritu de la raza.

Terminó su inspirada y sentida disertación el distinguido señor Cónsul del Uruguay, deseando que las naciones latino-americanas se unan cada vez más en estrecho lazo de paz y de concordia para bien de sus hijos y progreso de la Humanidad.

Fué calurosamente aplaudido y felicitado por el auditorio, complaciéndole en alto grado su sencilla oración preñada de acendrado cariño a la madre Patria.

Tras de un intermedio musical y restablecido



SEVILLA.—Palacio de Artes e Industrias decorativas en la Exposición Hispano-Americana, que ha sido levantado en la Plaza de América.

el silencio, nos dispusimos a escuchar el trabajo del Excmo. Sr. Pinto da Rocha, escrito y leído en perfecto castellano, no obstante ser brasileño su autor, honra grande para los españoles, no solo por el dominio que de nuestro idioma hace gala en su preciado discurso, sino por las evidentes muestras dadas en él de conocer a fondo España, su historia, sus hombres, sus costumbres, sus vicios y virtudes, su alma, en una palabra.

Aun duraban los comentarios entusiásticos a la labor realizada por el Dr. Sr. Pinto da Rocha, cuando la orquesta preludiaba la *Fantasia* sobre motivos de zarzuelas españolas con la que daba comienzo a la segunda parte del programa.

Inmediatamente, nuestro compatriota Sr. Luis Soroa, leyó su discurso destinado a esta fiesta.

Su trabajo, de menores dimensiones que el anteriormente escuchado, es por consiguiente más sintético y en él se vé el autor forzado a constreñirse dentro del asunto que se festejaba, el descubrimiento del Nuevo Continente.

En correcto estilo y lenguaje netamente castellano está escrito su meritorio discurso, revelando una cultura nada vulgar, capaz de empresas mayores como da derecho a esperar de quien tiene tan sólida preparación literaria.

Con un viva España! compendio de las glorias y grandezas reseñadas en la disertación del joven literato Sr. Soroa, dió fin a su lectura, siendo clamorosamente felicitado y aplaudido nuestro simpático compatriota.

Poco después la bellísima y gentil señorita Coelho Lisboa nos deleitaba declamando de manera primorosa *La Palma*, delicada poesía del laureado e inspirado poeta Salvador Rueda.

Breves y elocuentes palabras de nuestro ministro de España en el Brasil, Sr. García Jove, agradeciendo el concurso de cuantos intervinieron en la fiesta, así organizadores como disertantes, pusieron remate a la velada con que la Colonia española de Rio Janeiro celebró la fecha del descubrimiento del Nuevo Mundo.



A COLÓN

Prodigioso argonauta, sublime visionario, de la temible anchura, el derrotero arcano recorriste genial, faro del oceano entregando al progreso, magnífico escenario.

Tu lucha gigantesca, tu intento temerario, fué ultraje de rutinas y envidias ¡es humano! más la virtud invicta, su triunfadora mano te dió... Isabel Augusta, Marchena hospitalario.

Sereno, imperturbable, te lanzas a lo ignoto escudriñas el fondo del horizonte obscuro y ves surgir radiante, quimérico piloto,

pletórico, soberbio, el mundo del futuro. Así tu acción fecunda, tu incomparable hazaña, dá vida al hombre nuevo y es gloria para España.

Angel Menchaca

Buenos Aires, Octubre 1915.



Homenaje hispano-cubano a D. Rafael M.^a de Labra

Copiamos de *El Liberal* de Madrid:

«El señor Labra ha recibido el siguiente cablegrama:

Senador Labra.—Madrid.—Habana, 12 Diciembre.—Ante público numeroso se puso nombre Labra a calle del Aguila. La Habana honra a su hijo ilustre.—El alcalde, Freyre Andrade.—El ministro de España, Mariategui.»

Es de notar la coincidencia de la gran demostración cubana antes señalada, de iniciativa de todos los partidos, razas y clases de la Habana y los Centros españoles de aquella ciudad, con el discurso inaugural del curso del Ateneo de Madrid, pronunciado en estos días por el señor Labra, presidente del mismo, en favor de la intimidad hispano-americana como interés capital de la política internacional española en estos momentos.

Por esto y por los anuncios que de la solemnidad antes aludida habían dado todos los periódicos de la Habana a fines del mes pasado, puede bien asegurarse que dicho homenaje a las grandes ideas representadas por un hombre ilustre y perseverante y que interesan superiormente el honor y el porvenir de España.

El señor Labra fué el presidente de la Sociedad abolicionista española y «leader» de la minoría autonomista antillana mientras ésta existió, y en la actualidad es representante en España de casi todos los Centros españoles de América y perseverante propagandista de la intimidad hispano-americana. El triunfo de ahora (al cual nos asociamos) es de la virtualidad de las ideas.



Después del cablegrama del alcalde de la Habana y del Ministro de España en Cuba, el señor Labra ha recibido este otro, que acentúa el carácter político del reciente homenaje cubano:

«Habana 13.

El Casino Español se adhiere al merecido ho-

menaje que se os ha tributado dando vuestro ilustre nombre a la calle del Aguila, de la Habana.—Presidente, Maciá.»

*
* *

La benemérita Sociedad Colombina y esta Revista, al tener conocimiento del homenaje tributado a su ilustre Presidente Honorario y sabio colaborador respectivamente, telefonaron al «gran español» felicitándolo con vivo entusiasmo y considerando como propias las manifestaciones de la República Cubana en honor del señor Labra.



“PICTORIAL REVIEW”

El que escribe, pasando por una calle de Madrid, ve en elegantes muestras el título que encajeza estas líneas.

—¿*Pictorial Review*, en España?—se pregunta. Y como entre la importantísima revista norteamericana y *LA RÁBIDA*, hay afinidades grandísimas, se decide a entrar para conocer de cerca al colega que edita más de un millón de ejemplares en Nueva York.

—¿El señor Rómulo de Mora?—Y un joven, afeitado a la americana, contesta que no es Rómulo, pero sí su hermano, e invita al que escribe a entrar en la casa.

—Soy el Director de *LA RÁBIDA*, revista iberoamericana que se publica en Huelva, sin otro objeto que luchar por el ideal de raza y glorificar los hechos del Descubrimiento, como finalidad educativa para la juventud española. Los «Lugares Colombianos» están en mi tierra, allí se vive la gran epopeya; visitando Huelva, no hay medio de sustraerse a la influencia de los nombres de Santa María de la Rábida, Palos, los Pinzones, Moguer, las Carabelas, los ríos sagrados para españoles y americanos... Y el que escribe, en unos minutos, no dejó ni hablar al señor Mora (te pido perdón) terminando por decirle:

—Y ustedes son de Huelva, ¿verdad? (El señor Mora rectifica, afirmando que su hermano). Bueno, también es casualidad que don Rómulo haya nacido en Huelva y sea el español que en los Estados Unidos vence haciendo que arraigue un periódico escrito en castellano, que, como vocero de España, va por el centro y el sur de América, despertando amores ancestrales y llevando a los hermanos de raza ecos de la tierra que fué madre común.

El señor Mora dice amablemente al que escribe: Que esa es también la finalidad primera de *Pictorial Review* y de ahí el que haya venido a estable-

cerse en España; que don Rómulo ha ido a Nueva York y recorre América para establecer una relación más directa entre los pueblos americanos y «*Pictorial*» en Madrid...

Y lector, podrás suponer lo que hablaríamos dos personas que luchan por la misma idea, que están animadas por el mismo sentimiento y tienen fé ciega en el éxito.

Hay que hacer una opinión que se imponga tanto en América como en España (conviniendo ambos); hay que considerar como factor importantísimo para llegar a esa finalidad, los Estados Unidos, donde existe una corriente hispanófila extraordinaria; hay que organizar el turismo americano con una orientación cultural y educativa que deje en los espíritus algo más hondo que una impresión a la violeta; hay que hacer fijar la atención de los poderes públicos en la aspiración común de la raza, para que nuestros políticos tengan presente el ideal hispano-americano en la actuación gubernativa; hay que llevar al hogar de la familia americana (¡bien lo hace *Pictorial*!), nuestro hogar para que se conozcan y se amen, que al cabo y al fin, uno y otro son hermanos espirituales; hay que aunar las Sociedades que en España y América tienen la misma aspiración; hay que crear un ideal común entre ambos pueblos para que se unan en intereses como están unidos por sangre, lengua y tradiciones; es imposible borrar a España de América y América de España, cuatro millones de españoles lo están demostrando constantemente...

¡Cuántas cosas más se hablaron y con cuanto entusiasmo!

Nos despedimos decididos a convertir en hechos nuestras palabras: la Sociedad Colombina Onubense había de ser también elemento esencialísimo; don Rómulo de Mora, el onubense ilustre, habría de tener la representación de la benemérita Sociedad para reunir a los «Amigos de Colón» de Nueva York y demás Centros hispanófilos a fin de relacionarlos y enlazarlos con la Colombina; *Pictorial Review* hablaría del Convento de la Rábida, llevaría a su millón de lectores la impresión de aquellos claustros que vieron a Colón, Fray Juan Pérez, Antonio Marchena, Martín Alonso...; el que escribe quedó en emborronar unas pobres cuartillas para el colega español-americano y nos despedimos, lector, después de pasar unas horas que te declaro me serán inolvidables porque viví en ellas más que en muchos meses y semanas en esta apatía nuestra que es preciso, por patriotismo, romper a toda costa.

Viendo, hablando con el señor Mora (es pequeño, armónico, vivo, nervioso, de mirada inteligente

y grandemente simpático) se comprende el triunfo de *Pictorial*.

El Mora que ha conocido el que escribe es voluntad sin esos prejuicios (herrumbre espiritual a la española) de nuestras juventudes por los que todos y cada uno somos o hemos sido descendientes de Lain Calvo y Nuño Rasura.

Los fundadores de *Pictorial Review* se propusieron llegar a una patriótica finalidad, y como las cualidades de la raza son extraordinarias, alcanzaron el éxito, como lo alcanzan los españoles cuando no añoran un pasado que les filtra en la sangre y en los huesos ideales que están en pugna con el ambiente de libertad y trabajo de estos tiempos en que los hombres valen por lo que lleven en sí y no por lo que les prestaran los que fueron y se quedaron momificados en sus hornacinas.

Cada uno según sus obras.

Por las sayas son grandes los hermanos Mora.

Y sirvanle estos renglones como testimonio de afecto por las atenciones que tuvo para el que escribe el que lo recibió en Madrid.

Pictorial Review debe estar en toda casa española y americana.

J. Marchena Colombo



Un benemérito de la causa hispano-americana

El distinguido diplomático y entusiasta hispanófilo, don Enrique Deschamps, nos sorprende hoy agradablemente con una vibrante carta en la que nos habla de España y del cariño que en su país se siente por nuestra Patria. Aunque en ella prodiga elogios a nuestro Director y a esta revista, no podemos resistirnos a la tentación de publicarla, aún a trueque de herir la modestia del primero y la del humilde órgano de la Sociedad Colombina Onubense, pues en ella nos muestra el insigne luchador la constancia de su labor y los brillantes resultados de la misma en la República de Santo Domingo.

Merced a sus iniciativas, el nombre de España vá unido al más hermoso de los paseos públicos de la ciudad de San Pedro de Macoris, rindiendo con ello un tributo de consideración y respeto a la Madre Patria.

A su vez que la carta, publicamos la solicitud elevada al Excmo. Ayuntamiento por honorables ciudadanos en demanda de que se procediese a la nueva rotulación, y la contestación dada por aquel:

**

París, 19 de Diciembre de 1.915.

Sr. D. José Marchena Colombo

Huelva.

Querido amigo mío: Agradezca usted sincera

y cordialmente mi largo silencio. Nunca he tenido tan presente, como durante estos meses, a ese noble luchador, compañero y amigo muy querido que ya desde su primorosa revista LA RÁBIDA, ya desde el seno de la prestigiosa «Sociedad Colombina Onubense», de donde han partido y parten tantas y tan fecundas iniciativas, mantiene vivo y palpitante el fuego sagrado de ideas altas y serenas en honor de la gran Patria común cuyos vastos dominios se inician en nuestra España nobilísima y terminan en el último punto de la tierra dominado por la raza española. Mi promesa y mi deber de escribirle después de mi regreso de América, incumplidos hasta ahora, me han obligado a pensar en usted todos los días. ¿Por qué entonces, no le escribía? Pues sencillamente porque en todo el tiempo transcurrido en silencio no he dispuesto del momento propicio. Deseaba discurrir con usted extensa y gratamente sobre asuntos que nos interesan recíprocamente y mi vida de estos meses no me lo ha permitido. Hoy mismo no puedo hacerlo a mi placer sino a escape y exclusivamente para avisarle que he recibido y releído LA RÁBIDA, que es una de las visitas espirituales más agradables a mi corazón y que leyéndola evocó el amable recuerdo de los breves momentos en que hemos departido personalmente. Recordará usted tan bien como lo recuerdo yo, que la exposición de nuestras ideas, de nuestros anhelos, de nuestros propósitos y de nuestras luchas guardaron siempre tal afinidad, que hablando uno cualquiera de los dos, podía aceptarse como si hablásemos ambos.

Mi empresa de información internacional americana cuyos elevados fines patrióticos conoce usted, permanece estacionada por imposición de las actuales circunstancias. Ese bello y fecundo pensamiento fué una de las innumerables víctimas de esta monstruosa bancarrota de la razón humana que nos ha tocado la desventura de presenciar, y mientras la serenidad y la justicia, quiero decir la Paz, no salgan del tenebroso eclipse que las mantiene sumergidas en mares de sangre humana y de pasiones brutales, aquella obra llamada a vivir, diciendo tantas cosas bellas y prolíficas a Europa, ha de permanecer en la oscuridad y en el silencio.

Propóngome, sin embargo, anteponer la realización de uno de los diversos pensamientos patrióticos que de ella habían de derivarse, y a esa realización he dedicado buena parte de estos meses. Ya le hablaré detenidamente en su oportunidad de ello, que tengo la seguridad ha de serle gratisimo.

Junto con estas líneas van dos cartas publicadas no ha mucho en diarios de mi país. Léalas y, si lo juzga procedente, ábrales plaza en LA RÁBIDA. Allí estarían ellas en su propia casa, en el ambien-

te propio, supuesto que impresiones de esa alta y noble naturaleza integran el espíritu de LA RÁBIDA, que es decir el alma generosa y patriota de Marchena Colombo. Como usted verá, dichas cartas expresan dos cosas muy parecidas: La primera es que toda América ama a nuestra España con el mismo amor y con la misma devoción con que usted y yo la amamos. La segunda es que yo no paso por ninguna parte sin que alguna manifestación pública, pequeña o grande, humilde o luminosa, revele que por allí ha pasado un alma española, pero un alma menos vulgar que las almas del montón, del pueblo anónimo, de la muchedumbre.

Amigo mío y muy querido, que viva esa bella floración de cultura y de hispanoamericanismo que se llama gloriosamente LA RÁBIDA. ¡Que el bienestar y el contento sean ambiente perpétuo del hombre bueno que la hace! ¡Y que viva España!

Enrique Deschamps

*
**

DOS CARTAS

AVENIDA ESPAÑA

San P. de Macoris, Mayo 12, 1915.

Señor don Julió Aybar R.

Presidente del Hon. Ayuntamiento:

Ciudad.

Señor Presidente:

Los que suscriben, vecinos de esta ciudad, tienen el honor de suplicar respetuosamente a usted y por su digno medio a la Honorable Corporación que preside que resuelvan honrar con la denominación de «Avenida España» a la actual calle «Marina», en honor de la ilustre nación descubridora de América y como un homenaje al pueblo esclarecido que es tronco venerable de la raza y progenitor de la más vasta familia de naciones.

Es absolutamente innecesario que nos detengamos a apoyar con razones de ningún género la presente solicitud ante el concepto de esa Honorable Corporación, porque tales razones son del dominio familiar de todos y de cada uno de sus componentes. No solo no se escapa al elevado criterio de todos ellos el deber en que están los pueblos hispanoamericanos de estrechar, por conveniencia y por amor, los vínculos fraternales que existen entre España y las nacionalidades que a ella deben su existencia, sino que en todos es, hace tiempo, arraigada convicción, la necesidad de que tales vínculos adquieran cada día todo el vigor que ha de convertirlos en corrientes de efectivo intercambio de orientaciones, ideas, ideales, propósitos y

productos que creen la intimidad internacional que tanto habrá de influir en el bienestar, la prosperidad y la paz de América y del mundo.

Plácenos poner en su conocimiento, señor Presidente, que Don José Armenteros, también firmante de esta solicitud, desea que esa Honorable Corporación le permita obsequiar al Ayuntamiento con todas las placas necesarias a la designación consabida y para el efecto las pondrá a las órdenes de ella en su oportunidad.

En la seguridad de que la presente instancia merecerá de esa Honorable Corporación la honrosa y honoradora acogida que ha de darle la tradicional nobleza de la ciudad de San Pedro de Macoris, tenemos el honor de suscribirnos, respetuosamente:

Enrique Deschamps, José A. Martínez, L. A. Bermudez, Octavio A. Acevedo, Armando Benedicto, Dr. de Marchena, F. H. Reyes, F. A. Kidd, Fed. Bermudez, Q. Berroa, Moisés de Soto, Lorenzo Sanchez Rijo, Dr. Rafael R. Rubirosa, Ramón Soñé N. Antonio Parra Alba, N. Cortina, José Armenteros, César Iglesias, P. Francisco Felura, Esteban Prieto, Antonio Casanovas, Gabriel Calapell, Bartolomé Palmer, Manuel Feliú, Francisco Rodríguez, Dr. Jordana, F. Castro, Publio E. Gómez, Rolando Martínez, J. H. Ducoudray, Francisco Prats.

San Pedro de Macoris, Junio 1 de 1915.

No. 284.

Ciudadanos:

Me es altamente satisfactorio corresponder a los términos de su muy atenta, de fecha 12 de Mayo ppdo., encaminada al honroso fin de solicitar de este Concejo que, «como un homenaje al pueblo esclarecido que es tronco venerable de nuestra raza y progenitor de la vasta familia de Naciones», resuelva distinguir con la denominación de «Avenida España, la actual «Calle de la Marina». Tan plausible y patriótica iniciativa, que integra una verdadera reparación de amor y de reconocimiento hacia el heroico pueblo Descubridor de América, al que debemos raza, idioma, religión, y cuanto de más grande y más hermoso hay para el hombre sobre la tierra, no ha podido menos que ser acogida con el más vivo entusiasmo por esta Sala, cuyos Miembros, hijos al fin de Quisqueya, han de sentirse siempre orgullosos de todo aquello que signifique: Gloria, Honor y Grandeza para nuestra ilustre Madre Patria.

Pláceme, pues, llevar al conocimiento de ustedes, que el Concejo cuya Presidencia me honra, resolvió en su sesión ordinaria de fecha 28 de Mayo ppdo. denominar con el nombre de «Avenida España», a la actual calle de la «Marina», dejando así satisfecho el patriótico deseo de ustedes, y cumpli-

do al mismo tiempo, un altísimo deber de amor y gratitud.

El Presidente del Ayuntamiento,

J. Aybar R.

Ciudadanos:

Enrique Deschamps, José A. Martínez, Octavio Acevedo, Amado Benedicto, Dr. de Marchena, Luis A. Bermúdez, F. Honorio Reyes, Q. Berroa, Lorenzo Sanchez Rijo, R. Rubirosa, Ramón Soñé E., Antonio Parra, N. Cortina, César Iglesias, Esteban Prieto, Antonio Casanovas, Manuel Feliú, Publio E. Gómez, J. H. Ducoudray, Rolando Martínez, Federico Bermúdez, Horacio V. Febles, Francisco Prats, Moisés de Soto, etcétera.

Ciudad.

NOTA.—La «Avenida España», es un hermoso paseo público de la ciudad de San Pedro de Macoris, y que cruza totalmente la ciudad de Norte a Sur. Uno de sus lados colinda con el puerto, que es uno de los mejores y más bellos de la República, y en la misma avenida se encuentran, además de importantes oficinas públicas y particulares, la Aduana, Comandancia del Puerto, el precioso parque «Salvador Ros», el monumento a los fundadores de la nacionalidad, los muelles y el bello templo católico de la ciudad.

La ciudad de San Pedro de Macoris es la más industrial y progresista del país. Posée todos los adelantos modernos y concurre a la vida nacional dominicana con la poderosa producción de ocho grandes Centrales Azucareras, ninguna de las cuales vale menos de diez millones de pesetas.



LOS GRANDES PRESTIGIOS

Don Rafael María de Labra

Su nacimiento.—Su familia.—Su carrera.—Su debut parlamentario.—Sus primeros libros.—Sus cargos oficiales.—Sus periódicos.—Sus cruces.—Sus visitas a nuestro Soberano.—Su opinión de los partidos.—Sus impresiones de la guerra.—La neutralidad de España, su orientación y su deber.—Un viejo idealista y un mozo clarividente.—López de Ayala.—La abolición de la esclavitud.—La cuestión colonial.—El homenaje a los héroes del Caney.—¡Medio siglo de vida pública... sin ser Ministro ni percibir sueldo alguno del Estado!—Punto final.

El ilustre hombre público, que por fueros de su valer rige los destinos de nuestro primer centro de cultura, el Ateneo de Madrid, es un admirable idealista, por el que yo siento muy intensa devoción.

Aquel mozo esforzado que con piadoso altruis-

mo y rara clarividencia puso estrecho y noble cerco, en plena juventud, a la política de López de Ayala, en la memorable sesión del 8 de Julio de 1871, peleando bravamente por la *abolición de la esclavitud*, su más alta y brillante ejecutoria, y por la *administración civil* y la *autonomía colonial*, que hubieran evitado a España la catástrofe de 1898, lleva dentro un fuerte y terco luchador, de voluntad de hierro y corazón de niño... Y aunque conoce las hoscas realidades, los rudos desengaños y las amargas ingratitudes de la vida, él sigue paso a paso su camino, sin vacilaciones ni desmayos, dando al ensueño el alma y el brazo al surco con frente de apóstol y mano de sembrador.

Hombre tan singular, que no percibió nunca sueldo alguno del Estado, ni está en posesión de ninguna clase de derechos pasivos que un día puedan mermar sus arcas, es un alto y honrado político, un abogado leal y prestigioso, un sincero y exaltado patriota, y, ante todo y sobre todo, un incansable y formidable publicista, que *regala* profusamente las múltiples y copiosas ediciones de sus libros y folletos, plenos de orientaciones y enseñanzas, en su afán altruista de hacer patria, objetivo esencial de sus talentos, actividades y energías.

Este viejo patriarcal, que aún conserva mozos corazón, alma y cerebro, y cuya extensa e intensa labor en el periódico, en el foro, en el escaño, en la cátedra, en el mitin y en el libro, le da derecho a los más íntimos respetos y a las más altas prerrogativas, no ha sido ministro, ni una vez siquiera, medio por tantos otros empleado para asegurar una muy decente cesantía, en sus cuarenta y cuatro años de vida pública. Y no ha sido ministro porque no ha querido serlo. ¡Una mosca blanca!

No hace mucho he de visitar a este austero republicano, al que me permití hacer ciertas preguntas que, con sus respectivas repuestas más o menos alteradas y confundidas y muy condensadas, por exigencias del poco espacio disponible, transcribo a continuación:

—Su participación en el homenaje a los Héroes del Caney, ¿significa su reingreso en la política activa?

—No. Fuí al homenaje obligado por ineludibles deberes de patriotismo, abriendo un breve paréntesis en mi profundo duelo. Acaso dentro de unos meses pueda reanudar mi antigua vida. Ahora me ocupo en ultimar algunos trabajos para la inauguración del próximo curso académico del Ateneo, y otros, antes comenzados, sobre la Historia de las Cortes de Cádiz, y respecto de la política de Monroe y la nueva dirección panamericana.

—¿Piensa usted actuar en el movimiento político general del período que se avecina?

—Ha tiempo que estoy apartado de la política palpitante y de la acción de nuestros partidos, aunque sosteniendo mis ideas y mi representación histórica. Mi actuación no daría ningún resultado, por carecer de medios y autoridad para constituir y dirigir nuevos grupos. Me limito, pues, a ser un *parlamentario* y un *propagandista*. No tengo capacidad para más.

—¿Cuándo, por qué región y con qué carácter tuvo usted, por primera vez, representación en Cortes?

—En 1871, por Infiesto (Oviedo), colocándome espontánea y desinteresadamente en la izquierda del partido radical, que nunca me dió nada, ni nada, nunca, le pedí.

—¿En qué época escribió usted su primer libro y de qué trataba?

—En 1869, los dos primeros: «La pérdida de las Américas» y «La cuestión colonial». Después, 1872, publiqué «La abolición de la esclavitud negra».

—¿Dónde hizo, a que edad la terminó, y cuando comenzó a ejercer su carrera de abogado?

—En Madrid estudié leyes, administración y letras, licenciándome a los veinte años, con nota Extra. En el acto de la licenciatura de Derecho, en el que me apadrinó el ilustre Moreno Nieto, leí mi primer discurso «Los tratados de Viena de 1815». Aprobé también el doctorado, sin tomar el título.

—¿A qué asuntos se dedica?

—Con preferencia a los asuntos civiles, casaciones, testamentarias, cuestiones internacionales, etcétera.

—¿Ha tenido usted cargos oficiales retribuidos?

—Ninguno.—No he cobrado nunca del Estado. Actualmente soy consejero de Instrucción pública, presidente de la sección primera de la Comisión de Códigos, del Consejo Penitenciario y miembro representante de España en el Tribunal permanente de Arbitraje del Haya; pero sin retribución y sin opción a derechos pasivos.

—¿Tiene usted cruces?

—Cruces, no me faltan.

—¿Cuáles son?

—Las del dolor, que la vida ofrece profusamente.

—¡Ah!... Yo creía... ¿De modo que sus indiscutibles merecimientos no han logrado aún ni la concesión de una encomienda?

—No la habrán merecido, son tan escasos...

—¿Fue usted requerido alguna vez para ser ministro?

—Sí, en 1873; pero no acepté porque yo no podía atenuar mi compromiso de honor en lo de la

esclavitud, y la cuestión colonial. Después se me han hecho otros varios ofrecimientos, que siempre he declinado.

—En su aspecto de periodista, ¿qué periódicos ha dirigido?

—*El Abolicionista*, desde 1866 a 1886; *La Tribuna*, diario republicano, desde 1875 a 1881, y la *Revista Hispano-Americana*, desde 1863 a 1886.

—¿Qué problemas le interesan más actualmente?

—Los internacionales; la educación popular y la libertad de conciencia; la exteriorización y personalidad de España en el mundo político, y el acercamiento de españoles, americanos y portugueses, como base de una vigorosa política ibero-americana.

—¿Cuál es su juicio respecto a nuestros partidos políticos?

—A todos los considero en crisis y muy necesitados de variación profunda de doctrinas y conducta.

—¿No vé usted la hora de su intervención en la dirección del partido republicano?

—No. Carezco de medios y de autoridad. Yo no puedo ser más que «un republicano sueito». De ningún modo jefe de un grupo más.

—¿Su familia de usted fué de tradición liberal?

—Sí. Mi padre, estudiante de derecho en Oviedo, sentó plaza como voluntario al iniciarse la guerra de la Independencia, en la que peleó bravamente. Su liberalismo le obligó a emigrar a Inglaterra, desde 1823 a 1834, y le originó muchos disgustos, siendo brigadier y gobernador en Cuba. Cuando ascendió a general, vino a Madrid para consagrarse a mi educación.

—¿Dónde nació usted?

—En el castillo del Príncipe de la Habana que guarnicionaba el regimiento de Galicia mandado por mi padre. Me enseñó a leer un soldado, y me crié entre altas personalidades del viejo progresismo, pasando gran parte de mi juventud en las salas de armas.

—¿Para adiestrarse en su manejo?

—Para convertirme en... abogado.

—En sus visitas a S. M. el Rey, ¿hubo alguna insinuación de política?

—Dos veces me honré en visitar a don Alfonso, por supremos motivos de patriotismo y moralidad, que todos conocen; pero en ninguna de ellas ni una palabra respecto de tal tema.

—¿Qué impresión tiene usted del Rey y de su augusta familia?

—Excelente. El Rey es de una exquisita discrección y de una cortesía insuperable. El y su egregia familia me han obligado con sus delicadas aten-

ciones personales. No olvidaré nunca que a la muerte de mi santa mujer envié a mi casa, para que en su nombre me diera el pésame, a su primer ministro.

También me es grato hacer constar que tuve el gusto de oír del Rey declaraciones altamente americanistas, uno de mis temas predilectos, como todos saben.

—¿Qué efecto le produjo a usted la actual guerra europea, y qué opina respecto de su terminación?

—Un efecto de inmensa sorpresa y de profundo dolor. Acerca de su terminación, nada puede predecirse, ya que todos los días surgen hechos inverosímiles que escapan a toda lógica. No creo en la ruina absoluta de ninguno de los beligerantes; es decir, no creo que la guerra acabe con la guerra. Soy un optimista cuando se trata del progreso del mundo y de los intereses de la civilización, que me parece que no zozobrarán al final de la colosal contienda. Tampoco creo que desaparezca, a la postre, como muchos temen, el Derecho internacional. Por último, la paz, más que los beligerantes, pueden y deben hacerla los neutrales, inspirándose en un alto sentido de orden y solidaridad humana. A ello vienen obligados por Tratados internacionales vigentes, como los producidos por las Conferencias de La Haya y por el imperativo de su conciencia.

—¿Cuál debe ser a su juicio, la orientación internacional de España?

—Portugal, América e Inglaterra. Inglaterra de la que soy devoto, favoreció nuestra causa de la independencia nacional, de la libertad constitucional, sin que hiciera otro tanto, como muchos creen, respecto a las pretensiones de intervención de los Estados Unidos en Cuba. Hay que saber y no olvidar lo que significó en nuestra guerra civil el convenio Elliot, en 1.835, y el Tratado de la Cuádruple Alianza, firmado en Londres en 1.834, e igualmente los convenios de 1.850 a 1.860, para asegurar la bandera española en Cuba. Tampoco debe olvidarse la hospitalidad y el apoyo que los liberales españoles hallaron en Inglaterra en remotos éxodos de emigración.

—¿Es V. defensor de la neutralidad de España?

—¡Defensor acérrimo! En mi modesta esfera, defendiendo y practicando una neutralidad seria, sincera, firme, bien orientada y algo diferente de la que en España priva. La neutralidad, tal como yo la entiendo, no es imprevisión, ni cobardía, ni egoísmo, ni impotencia, sino respeto y consideración a todos los beligerantes, y una noble y desinteresada predicación de paz...

—¿Qué debe hacer España en los críticos momentos actuales?

—Aprovechar las favorables circunstancias que la guerra le proporciona para asegurar cierta parte de su vida económica y de su política internacional. Lección aprovechable, pero aquí casi ignorada, nos dan en esta sazón los Estados Unidos norteamericanos. Nuestros estadistas y publicistas, y en general nuestras clases directoras, deben preocuparse seriamente de la situación difícil que podría traernos la paz justamente deseada, si no estamos debidamente preparados para lo que respecto de ella nos incumbe. Pero... hagamos punto; se lo suplico. Esta cuestión es muy compleja y delicada, y yo no tengo autoridad para indicar rumbos ni para ofrecer soluciones.

Carlos Fernández Ortuño

SUELTOS

Para que nuestros lectores puedan apreciar la vitalidad de las sociedades españolas en Cuba, publicamos los siguientes datos:

El Palacio del Centro Gallego de la Habana, cuya fotografía ofrecemos en el presente número, es todo de piedra y mármol; costó un millón de pesos oro americano, el terreno, y un millón quinientos mil francos su construcción, habiéndose empleado en su edificación tres años. Dá frente a dos calles en una extensión de cien metros cada una y tiene un fondo de cincuenta metros, hallándose situado en el centro de la Habana en el lugar donde estuvo enclavado el antiguo Teatro Tacón.

Los asturianos van a construir otro, presupuestado en tres millones de francos.

En la primera plana de esta Revista aparece el retrato del insigne americanista y distinguido publicista Dr. D. Francisco Cobos, que al frente de la *Ilustración Española y Americana* viene realizando una honda y brillante labor de aproximación entre España y los países americanos.

LA RÁBIDA se honra publicando la fotografía del insigne luchador honra de la prensa española.

Hemos recibido un artístico almanaque del representante en Huelva de la «Unión General de Explosivos de España», don Antonio Oliveira.

Agradecemos la atención.

ANUNCIOS BREVES

Servicios de Carruajes: Está a disposición del público en la plaza de las Monjas, durante el día y la noche, el esmerado servicio de coches propiedad de don José Vizcaya.

Imp. de A. Moreno, Castelar, 23.—HUELVA